

# Who Rules Britain?

John Scott

Cambridge, Polity Press, 1991, 171 págs.

El efecto de las transformaciones de los países occidentales sobre las élites dirigentes de las naciones, ha sido el objeto de debate de recientes seminarios. El inevitable y complejo tema del poder ha sido y es una de las claves en cualquier análisis socio-político de interés. A este respecto la tradición anglosajona ha contado con importantes trabajos académicos que han tratado de clarificar el origen y formación del poder. Es importante tener presente que el concepto y fundamento que se de a éste permitirá que luego se reconozca o niegue una autonomía a lo político.

En este sentido, la reciente obra de John Scott, *Who rules Britain?*, trata de seguir la línea emprendida por Domhoff en su ya clásica contribución al análisis de la estructura de poder en la sociedad estadounidense *Who rules América?* Su libro aborda este tema en la sociedad británica, algunas de sus implicaciones en la transición de la vieja sociedad del siglo XVIII a la moderna estructura de la sociedad victoriana, aunque su principal aportación reside en la crítica y revisión sistemática de las principales teorías que tratan la dimensión económica de clase, para, de esta forma, reconstruir el concepto de clase dominante y ver su aplicación en la actual sociedad británica.

El libro, que rastrea la idea de una minoría británica que mantiene las posiciones claves en la economía, sociedad y sistema político, trata de demostrar que es posible reconocer una clase económicamente dominante en el vértice de la estructura de clases. De esta forma trata de contestar y rebatir a aquellos escritores que piensan que Inglaterra, al igual que otras «sociedades industriales», no tiene ya una clase capitalista. En palabras del autor, sí existe tal clase, aunque lo que la distingue del pasado son las localizaciones específicas que sus miembros ocupan en una moderna economía de mercado.

La primera parte del libro revisa el concepto de clase capitalista y clase dominante en el marxismo clásico, para concluir que no es posible aplicar el concepto general de una sola clase dominante y aceptar los postulados de Miliband, en donde, bajo circunstancias normales, la clase capitalista y la élite estatal son entidades separadas. Sin embargo, la novedad que introduce Scott son los conceptos de élites de poder «power elite» y bloque de poder «power bloc». Todas las sociedades tienen una élite estatal. Ahora bien, ésta sólo comprende una élite de poder si sus miembros proceden de un particular grupo formado por la aproximación de clases sociales que monopolizan posiciones de autoridad dentro de la élite estatal a lo largo de un período determinado. De esta idea se desprende que sólo bajo estas condiciones la clase capitalista puede formar una clase dominante.

A su vez, este libro presta mucha atención a la cuestión del «status» social. La posición que se ocupa en la sociedad es vista como elemento importante a la hora de legitimar las estructuras de poder, la reproducción de clases y la formación del bloque de poder. De tal forma que el sistema de «status» puede ser visto como una jerarquía de grupos sociales, en donde cada uno mantiene un estilo de vida similar y, en algunos casos, los mismos privilegios. En determinadas circunstancias puede darse el caso de un único grupo que ocupa las posiciones sociales más elevadas, aunque normalmente es una alianza de los mismos.

La segunda parte del libro se centra en la puesta en práctica de estos conceptos mediante una descripción de como ha ido evolucionando el desarrollo de la economía de mercado y la administración del Estado en la Inglaterra de finales del siglo XVIII hasta la actualidad.

La Inglaterra de finales del siglo XVIII no fue una sociedad absolutista como ocurría en el caso francés. Los propietarios de las tierras y las clases sociales que basaban su apogeo en las prácticas capitalistas comerciales, unificaron el bloque de poder y utilizaron su influyente posición en el parlamento para contrarrestar a la monarquía.

Esta vieja sociedad justificaba su autoridad y su tradicional elitismo en un sistema patriarcal. Se trataba de una sociedad jerarquizada que se desarrollaba en torno al grupo de los «gentlemen», entre los cuales predominaban terratenientes, que justificaban su liderazgo como una autoridad «natural» enviada por Dios. Colegios como Westminster y Eton eran el origen de normas y transmisiones de valores morales y culturales.

Estos propietarios agrarios eran una clase capitalista, ya que adoptaron la orientación del mercado en sus tierras y en la fuerza de trabajo que empleaban. Además representaban la clase dominante dentro de la élite del poder, lo que permitía asegurar que el Estado Británico operaba en su propio interés frente al comercio y otras prácticas industriales.

La transición hacia el nuevo bloque de poder de mediados del siglo XIX consistía en una alianza entre estos propietarios de la tierra, financieros e industriales, que se mantenían con el apoyo de los niveles más altos de las clases medias profesionales. En el centro se encontraba el «establishment», auténtica élite de poder que contaba con un exclusivo círculo social que dominaba el poder político, tanto a nivel nacional como local y en donde los grandes propietarios de la tierra ejercían su máxima influencia al resto de la sociedad. Así, las familias más ricas de finales del siglo XIX fueron grandes propietarios como los duques de Sutherland, Westminster, Devonshire, Portland y Bedford, las familias financieras y comerciales cuyos principales centros se encontraban en Liverpool y Glasgow, junto con unas pocas familias ricas de los distritos manufactureros de Lancashire y Midlands.

En la tercera parte del libro, el autor, tras analizar la transición desde el Antiguo Régimen hasta la sociedad industrial, se pregunta si hoy existe todavía una clase capitalista similar a la existente a finales del siglo XVIII y a lo largo del

siglo XIX; es decir, una clase privilegiada con una posición económicamente dominante en el sistema de producción.

Tras llegar a la conclusión de que la clase capitalista no sólo no ha desaparecido, sino que ha mantenido un nivel económico superior con respecto al resto de la población —como demuestra la tabla de las veinte familias más ricas de la sociedad británica—; que han alcanzado su influencia en sectores económicos tales como: propiedad urbana y agrícola, alimentación, comercio e industria... El autor quiere demostrar, frente a las aportaciones del marxismo más ortodoxo, que el cambio en la estructura y en las formas de control, «Managers» de las grandes corporaciones, tanto a nivel nacional como internacional, no implican un desplazamiento de la clase capitalista.

Ahora bien, si la clase capitalista no ha desaparecido, la estructura de clases y mecanismos de reproducción si se ha alterado. El talento y el mérito no son suficientes para alcanzar el vértice de la pirámide social. La reproducción de la estructura matrimonial con similares éxitos sociales, permite perpetuar la riqueza familiar y su propiedad. La aristocracia «upper class», junto con las clases altas de los distintos grupos religiosos: católicos, judíos ... y el predominio de los terratenientes y sus valores, enfatizan su superioridad a nivel político y social.

La clase capitalista, no sólo mantiene sus privilegios y ventajas de heredar un acceso a las localizaciones principales de la empresa, sino que la importancia de los «Public Schools» de Oxford y Cambridge, en la adquisición de credenciales de educación, la permiten diferenciarse en comportamientos, gustos y capacidad de oratoria. Este proceso, igualmente reconocido por Miliband, opera en la élite estatal. Aquellos que controlan la selección y promoción llevan en su mente «una imagen particular de como un alto

funcionario o militar debe pensar, hablar, comportarse y reaccionar». Los «Public Schools» y Oxbridge, son los fundadores de estas redes que conectan varios círculos sociales entre sí. Los miembros de los principales clubs de Londres, refuerzan esas conexiones mediante una serie de mítines informales entre antiguos alumnos para promover nuevas oportunidades a nivel de carrera e intereses.

En la última parte de la obra, Scott trata de demostrar como la actual clase capitalista, entendiendo por ésta los intereses económicos, comerciales y financieros de la «City», ha modificado el bloque dominante, pasando a ocupar la principal posición. Esta transformación de los intereses económicos ha conducido a un cambio en la estructura capitalista de clases. En consecuencia, la élite del poder no está dominada por el «establishment» de finales del siglo XIX, y principios del siglo XX, en cuanto a «status» se refiere, sino por un «inner circle» que refleja el punto de vista de la «City» en cuanto a la formulación de las políticas públicas.

Si bien la aportación de Scott es novedosa en el sentido de enriquecer el análisis del poder del estado y superar la simplificación del marxismo ortodoxo, mediante la introducción de nuevos conceptos como bloque de poder, élite de poder segmentada y fragmentaria, la utilización que en determinados momentos hace de los mismos puede generar una cierta redundancia y confusión en el lector. De cualquier manera la explicación de la formación del poder mediante la revisión e incorporación de las distintas aportaciones teóricas —marxistas, pluralistas y estructuralistas— permiten un enriquecimiento considerable capaz de evitar el reduccionismo en tema tan importante y complejo.

**Rocío Valdivielso del Real**

## A Simple Matter of Salt. An Ethnography of Nutritional Deficiency in Spain

Renate Lellep Fernández  
Berkeley, Univ. of California Press, 1990

La tesis doctoral que R. Lellep ha presentado en la Universidad de Rutgers, en Estados Unidos, tiene un título

expresivo de las motivaciones y actitudes de la autora al emprender su investigación en 1965.

En un valle asturiano que con su marido, J. Fernández, viene estudiando desde hace veinticinco años, la frecuencia de trastornos tiroideos se asocia al fatalismo en los afectados y en los profesionales sanitarios. A pesar de los buenos resultados que para prevenir el bocio endémico, ha tenido en otros países la administración masiva de sal iodada, la Sanidad española se ha resistido o desentendido del tema. En los años veinte, cuando iniciaron esta medida profiláctica Suiza y los Estados Unidos de América, Marañón la desestimó por otra tan compleja e imprevisible como el desarrollo económico global de las zonas endémicas. Las propuestas de E. Carrasco en 1934 no fueron oídas. Sólo recientemente Ortíz de Landázuri, Monrreal de Castro e Ibáñez González confirman la eficacia de tomar el problema como «una simple cuestión de sal» (el título del libro), y Escolar del Rey desestima, tras estudio en Las Hurdes, la atribución de la enfermedad a la consanguinidad. En Asturias, la llegada de